

## DOCUMENTOS

### NEHRU Y LA "TRÁGICA PARADOJA DE NUESTRO TIEMPO" \*

Hemos de hacer frente a numerosos y graves problemas internos. Pero aún la mera consideración de estos problemas interiores conduce, de manera inevitable, a un nivel de pensamiento más amplio. A menos que tengamos cierta claridad de visión o, por lo menos, nos hagamos con claridad las preguntas que se nos plantean, no saldremos jamás de la confusión que aflige al mundo hoy día.

Yo no pretendo tener esa claridad de pensamiento, ni respuesta alguna a nuestras incógnitas más importantes. Todo lo que puedo decir, con toda humildad, es que pienso continuamente en estas cuestiones. En cierta forma, hasta podría decir que envidio a aquellos que tienen una idea fija y que no se ven en la necesidad de molestarse, por tanto, en observar profundamente los problemas de nuestro tiempo. Ya sea desde el punto de vista de una religión, o de una ideología, el hecho es que no experimentan la turbación de los conflictos mentales que acompañan siempre a las épocas de grandes transiciones. Y, sin embargo, a pesar de que pueda ser más confortable el poseer ideas fijas y ser complaciente, es cierto que ello no resulta aconsejable, y que sólo puede conducir al estancamiento y a la decadencia.

El hecho fundamental de nuestro tiempo es el ritmo vertiginoso de los cambios que se suceden en la vida humana. Durante la mía, he sido testigo de cambios sorprendentes, y estoy seguro de que, en el curso de la generación venidera, estas transformaciones serán todavía mayores; esto es, si la humanidad no es destruida y aniquilada por una guerra atómica.

No hay nada más notable que la progresiva conquista y comprensión del mundo físico por la mente del hombre actual, y la continuación de este proceso se está llevando a cabo con una rapidez aterradora. El hombre ha dejado de ser una víctima obligada de las circunstancias exteriores, cuando menos en una medida considerable. Empero, frente a esta conquista alcanzada sobre las condiciones externas, se observa simultáneamente el extraño espectáculo de una ausencia de fibra moral y de auto-control del hombre como individuo. Conquistador del mundo físico, ha fracasado en sus intentos por conquistarse a sí mismo. Ésa es la trágica paradoja de esta época del átomo y del *sputnik*. El hecho de que las pruebas nucleares continúen, no obstante que es bien conocido su carácter dañino tanto inmediato como futuro; el hecho de que se esté produciendo y acumulando toda clase de armas cuyo poder mortífero es cada vez más grande, a pesar del universal reconocimiento de su capacidad para exterminar al género humano, señala la existencia de esta paradoja con una claridad estremecedora.

La ciencia está adelantando mucho más allá de la capacidad cognoscitiva de una gran parte de la raza humana y planteando problemas que la mayoría de nosotros es incapaz de comprender, y mucho menos de resolver. De allí el conflicto interior y la agitación de nuestros tiempos: de una parte, se encuentra este gran progreso en la ciencia y en la tecnología, que acrecienta excesivamente nuestros poderes, con sus múltiples consecuencias en todos sentidos; por la otra se observa un cierto agotamiento en la civilización.

La religión entra en conflicto con el racionalismo. Las disciplinas religiosas y

\* El ensayo fue escrito originalmente en forma de carta, la cual circuló con carácter confidencial entre las amistades del autor. Estas decidieron que debía conocerse con mayor profusión y convencieron a Nehru para que accediera a publicarla en la revista del Partido del Congreso de la India. El TRIMESTRE ECONÓMICO la da a conocer a sus lectores por el gran interés general que tiene, especialmente al hacer referencia a algunos problemas económicos de la India y al papel que desempeña la planeación, aunque como es evidente, no se hace solidario con ciertas opiniones del autor. Versión al castellano de Luis Mauricio Szekely.

las costumbres sociales se extinguen sin dar paso a otras disciplinas morales o espirituales. En la práctica, la religión se relaciona con asuntos más bien ajenos al curso normal de nuestras vidas —con lo que adopta una actitud de “torre de marfil”— o bien con determinadas prácticas sociales incongruentes con la época. Por su parte, el racionalismo, con todas sus virtudes, parece en cierto modo engarzado con la superficie de las cosas, cuyo ámbito interno no pone de manifiesto. La ciencia, en sí misma, ha llegado a una fase en que se abren ante ella nuevas y vastas posibilidades y hondos misterios. Materia, energía y espíritu parecen yuxtaponerse.

Antiguamente, la vida era más sencilla y guardaba un mayor contacto con la naturaleza. Hoy día se hace cada vez más compleja y precipitada, sin dejar tiempo para la reflexión o el planteamiento de problemas. Los adelantos científicos han creado un enorme excedente de fuerza y energía, que se usa frecuentemente con propósitos equivocados. Tenemos que hacer frente todavía a la misma vieja incógnita a la que se ha enfrentado la humanidad en épocas pasadas: ¿Cuál es el significado de la vida? Los viejos tiempos de la fe parecen no ser ya adecuados para un mundo en transformación; la vida debiera ser una continua adaptación ante esos cambios y acontecimientos, puesto que es la falta de adaptación lo que origina los conflictos.

Es evidente que las antiguas civilizaciones del pasado, con todas sus virtudes, han resultado inadecuadas. La nueva civilización occidental, con todos sus logros y éxitos —y también con sus bombas atómicas— parece ser también inadecuada. De allí la creciente creencia que existe de que pasa algo malo en nuestra civilización. En realidad, nuestros problemas son fundamentalmente los problemas de la civilización misma.

La religión ofreció una cierta disciplina moral y espiritual; propugnó también por perpetuar las supersticiones y las costumbres sociales. En realidad, esas supersticiones y costumbres sociales han envuelto y ahogado el verdadero espíritu religioso. A esto siguió la desilusión.

El comunismo se presenta al despertar esta desilusión, ofreciendo un cierto tipo de fe y disciplina. En cierta medida, viene a llenar un vacío. Tiene éxito hasta cierto punto, al dar contenido a la vida humana. Pero fracasa, a pesar de este éxito aparente debido en parte a su rigidez y en mayor escala porque ignora ciertas necesidades fundamentales de la naturaleza humana.

El comunismo habla mucho de las contradicciones de la sociedad capitalista, y hay algo de verdad en ese análisis. Pero estamos observando las contradicciones, cada vez mayores que se crean dentro de la rígida estructura del mismo comunismo. La supresión de la libertad individual da pábulo a reacciones poderosas. Su concepto de lo que podría llamarse el lado moral y espiritual de la vida no sólo ignora algo que es fundamental en el hombre, sino que priva además a la conducta humana de ciertas normas y valores. Su desafortunada asociación con la violencia estimula cierta tendencia maligna en los seres humanos.

Profeso la mayor admiración por muchos de los logros de la Unión Soviética. Entre las grandes metas alcanzadas figura el valor que se atribuye al niño y al hombre común. Sus sistemas educativos y sanitarios son, probablemente, los mejores que hay en el mundo. Sin embargo, se dice —y con razón— que hay una supresión de la libertad individual. Con todo, la difusión de la educación en todas sus formas es en sí misma una tremenda fuerza liberadora que, a final de cuentas, no tolerará la supresión. Nuevamente, ésta es también otra contradicción. Por desgracia, el comunismo se ha asociado estrechamente con la necesidad de la violencia, y la idea que ostentaba ante el mundo antes de la guerra se manchó. Los medios distorsionaron los fines. Aquí podemos observar la poderosa influencia que ejercen los métodos y procedimientos equivocados.

El comunismo acusa a la estructura capitalista de la sociedad de hallarse cimentada sobre la violencia y la lucha de clases. Creo que esto es fundamentalmente correcto, aunque también es cierto que la estructura capitalista en sí misma ha experimentado —y está experimentando continuamente— una transformación que obedece a una lucha democrática, a la contienda de otro género y a la desigualdad. El problema estriba en cómo poner término a esta situación y obtener una sociedad sin clases, con iguales oportunidades para todos. ¿Podrá alcanzarse esta meta a través del uso de la violencia o será posible obtener esas transformaciones mediante métodos pacíficos?

El comunismo se ha aliado definitivamente al procedimiento de la violencia, aun cuando normalmente no consienta en la violencia física. Su lenguaje es violento, y también lo es su pensamiento, que no parece cambiar ante la persuasión, ni bajo presiones pacíficas y democráticas, sino como resultado de la coerción y, ciertamente, por la destrucción y el exterminio. El fascismo presenta todos estos perversos aspectos de la violencia y el exterminio en sus formas más brutales y, al mismo tiempo, no cuenta con un ideario aceptable.

Lo anterior es totalmente opuesto a aquella solución pacífica que Gandhi nos enseñara. Lo mismo los comunistas que los anticomunistas parecen creer que los principios sólo pueden defenderse con firmeza haciendo uso del lenguaje de la violencia, y condenando a todo aquel que no quiera aceptarlo. Para unos y otros, la penumbra no existe. Sólo hay luz y oscuridad: la misma decantada manera de ver las cosas que prevalece en los aspectos más intolerantes de algunas religiones.

No es la posición tolerante que consiste en creer que tal vez los demás posean también una parte de la razón. Desde mi propio punto de vista, encuentro a esta posición totalmente desprovista de carácter científico, me parece irrazonable e incivilizada, ya sea que se la aplique en el ámbito de la religión, en el de la teoría económica, o en cualquier otro aspecto. Prefiero la vieja tolerancia pagana, independientemente de sus aspectos religiosos. No obstante, cualquiera que sea nuestra idea al respecto, hemos llegado a una etapa del desenvolvimento en el mundo moderno en la que cualquier intento de imposición forzosa de las ideas a un grupo considerable de personas está condenado de antemano al fracaso.

En las actuales circunstancias, esto conducirá a la guerra y a una destrucción desoladora en donde no existirán vencedores sino sólo vencidos. A pesar de todo, en los últimos años hemos podido percatarnos de que ni aun a las grandes potencias les es fácil recobrar la hegemonía colonial sobre los territorios que se han independizado recientemente. El incidente de Suez, en 1956, es ilustrativo. Los acontecimientos de Hungría demostraron también que el deseo de libertad nacional es más fuerte que cualquier ideología, y que es imposible reprimirla a final de cuentas. Los acontecimientos de Hungría no fueron fundamentalmente un conflicto entre comunismo y anticomunismo; representaron la lucha del nacionalismo por sacudirse el yugo extranjero.

Es imposible que la violencia conduzca actualmente a la solución de cualquier problema de importancia, porque aquélla se ha hecho ya demasiado terrible y destructiva. La práctica se ha encargado de fortalecer el punto de vista moral en lo que respecta a los medios de llegar a esas soluciones.

Ahora bien, si la sociedad que pretendemos erigir no puede lograrse a través de la violencia en gran escala, ¿servirá de algo la violencia en escala reducida? No, por cierto. En parte, porque ésta produce una atmósfera de conflicto y disolución. Sería absurdo imaginar que las fuerzas progresistas de la sociedad puedan salir vencedoras del conflicto. En Alemania, Hitler redujo a la nada tanto al Partido Comunista como al Social Demócrata. Bien puede suceder lo mismo en otros países. En la

India, cualquier llamado a la violencia es particularmente peligroso, dado el carácter disolvente que entraña. Tenemos demasiadas tendencias separatistas, para permitirnos el lujo de asumir el riesgo. Pero todas éstas son consideraciones de relativamente poca importancia. Lo fundamental, creo yo, es que los medios indebidos no pueden conducir a buenos resultados, y que esto ha dejado de ser una mera doctrina ética para convertirse en una proposición que la práctica confirma.

Algunos de nosotros hemos discutido estos antecedentes generales y, en especial, las condiciones que prevalecen en la India. Se afirma frecuentemente que existe en la India un sentimiento de frustración y depresión, y que no se encuentra por ninguna parte la antigua viveza del espíritu, en estos momentos en que se necesita del entusiasmo y del trabajo tesonero con urgencia extrema. Este fenómeno no se presenta tan sólo en nuestra patria. Es, en cierto sentido, un fenómeno mundial. Un antiguo colega mío, hombre de gran valor,\* decía que esto se debe a que no poseemos una filosofía de la vida. Ciertamente, el mundo está sufriendo la falta de un enfoque filosófico de las cosas. En nuestro esfuerzo por asegurarnos la prosperidad material, no hemos prestado atención al elemento espiritual de la naturaleza humana. Por eso, si hemos de dar un sentido al individuo y a la nación, si hemos de darle un propósito para vivir y para morir en caso necesario, tendremos que resucitar alguna filosofía de la vida y darle, en el sentido más amplio de la palabra, un antecedente espiritual a nuestro pensamiento. Todos hablamos del Estado Benefactor, de democracia y socialismo. Todos son buenos conceptos, pero difícilmente contienen un significado claro y libre de ambigüedades: Éste fue el tipo de argumento empleado con frecuencia, hasta que surgió la duda con respecto a nuestro objetivo final. La democracia y el socialismo son medios para llegar a una meta, pero no la meta misma. Hablamos del bien de la sociedad. ¿Acaso es esto algo diferente e irreductible al bien de los individuos que componen a la sociedad misma? Si se ignora y sacrifica al individuo en aras de lo que se considera el bien social ¿será éste el objetivo correcto a perseguir?

Hemos llegado al acuerdo de que el individuo no debiera sacrificarse en esa forma y, ciertamente, que el verdadero progreso social sólo vendrá cuando se dé oportunidad al individuo para desarrollarse. Se supone, claro está, que el individuo no es un grupo de elegidos sino que comprende a toda la comunidad. Así pues, la cuestión clave deberá ser hasta qué punto puede capacitar al individuo cualquier teoría política o social para abandonar su yo mimado y pensar en términos del bien de todos. La ley de la vida no debiera identificarse como la competencia por la adquisición sino por la cooperación; de esta manera, el bien de cada cual habría de contribuir al bien de todos. En una sociedad semejante el énfasis se depositaría en los deberes y no en los derechos: éstos seguirían al cumplimiento de aquéllos. Tenemos que dar una nueva orientación a la educación y crear un nuevo tipo de humanidad.

Lo anterior nos ha llevado hasta los linderos de la arcaica y por demás pedante concepción de que las cosas, ya sean sensibles o insensibles, encuentran acomodo dentro de un todo orgánico; cada una de ellas posee una chispa de lo que pudiera llamarse el impulso divino, o la energía que origina la fuerza vital de que el universo se encuentra penetrado. Todo esto conduce al campo de la metafísica y nos aleja de los problemas de la vida a los que tenemos que enfrentarnos.

Supongo que cualquier orden de ideas, con sólo que se lleve bastante lejos, nos conducirá en cierta forma a la metafísica. La misma ciencia se ha acercado considerablemente a los límites de lo imponderable. No es mi propósito abordar estos

\* Nehru se refiere al Dr. Sampurnanand, Primer Ministro de Uttar Pradesh.

aspectos metafísicos, pero toda discusión denota cómo la mente busca algo fundamental, en que se asiente el mundo de la naturaleza. Si creyésemos verdaderamente en la referida concepción de la omnipotencia del principio de la vida, ello podría ayudarnos quizá a superar algunas de nuestras limitaciones con respecto a las razas, las castas o las clases, y nos permitiría ser más tolerantes y capaces de comprender los problemas de la vida. Pero es evidente que no resolveríamos así ninguno de esos problemas y que permaneceríamos en cierto sentido en la misma situación en que nos encontrábamos.

En la India se discute sobre el tema del Estado Benefactor y del socialismo. En cierto sentido, puede afirmarse que todas las naciones socialistas y comunistas aceptan el ideal del Estado Benefactor. El capitalismo ha alcanzado el bienestar general en forma muy amplia, por lo menos en unos cuantos países, aunque está lejos de resolver sus propios problemas, y falta a sus fundamentos algo vital. Indudablemente la democracia aliada al capitalismo, ha suavizado muchas de sus asperezas y, en realidad, se trata de un sistema distinto actualmente de lo que era hace una o dos generaciones.

En los países desarrollados industrialmente se ha registrado una tendencia continua y sostenida al desarrollo económico. Ni siquiera las terribles pérdidas de las guerras mundiales han evitado que esa tendencia prosiguiera su curso, en lo que se refiere a estas economías altamente desarrolladas. Más aún, el desarrollo económico se ha difundido, si bien en diversos grados, a todas las clases. Pero esto no se aplica a los países en que no se ha desarrollado la industria; en realidad, en este caso la lucha por el desarrollo es muy difícil y a veces, a pesar de los esfuerzos en contrario, no sólo siguen persistiendo las desigualdades económicas sino que tienden a empeorar.

Puede decirse que, normalmente, el libre juego de las fuerzas de la sociedad capitalista tiende a propiciar que el rico sea cada vez más rico y el pobre más pobre y que aumente la distancia que los separa. Y esto puede afirmarse tanto respecto de los países como de los grupos, las regiones y las clases que las naciones comprenden.

Varios procesos democráticos se oponen a estas tendencias normales. Por eso, el capitalismo ha desarrollado, dentro de su propio seno, ciertos caracteres de tipo socialista, no obstante que permanezcan sus aspectos más importantes.

El socialismo, claro está, desea participar deliberadamente en el proceso normal y con ello no sólo se afectan positivamente las fuerzas productivas, sino que se amenguan las desigualdades.

Pero ¿qué es el socialismo?

Sería difícil dar una respuesta precisa, aunque existen innumerables definiciones. Algunos pensarán en el socialismo en forma vaga como algo que hace el bien y que aspira a la igualdad. Pero esto no nos lleva muy lejos.

El socialismo es fundamentalmente un enfoque distinto de aquel del capitalismo, aunque creo que es cierto que el abismo que existe entre ellos tiende a reducirse, porque muchas de las ideas del socialismo se están incorporando gradualmente a la estructura capitalista. Después de todo, el socialismo, además de ser una forma de vida, implica un cierto enfoque científico de los problemas económicos y sociales. Si el socialismo se adoptara en un país atrasado y en proceso de desarrollo, no por ello el atraso disminuiría súbitamente. De hecho, nuestro propio socialismo es atrasado y la pobreza lo abrumba. Por desgracia, muchos de los aspectos políticos del comunismo han tendido a desfigurar nuestra visión del socialismo. También la estrategia desarrollada por el comunismo ha dado a la violencia un papel predominante.

Así pues, habría que considerar al socialismo aparte de estos elementos políticos y de la posibilidad que exista de evitar la violencia. El socialismo afirma que los

aspectos más generales de la vida social, política e intelectual de la sociedad se encuentran gobernados por sus recursos productivos. A medida que los recursos productivos cambian y se desarrollan, cambian y se desarrollan también la vida y el pensamiento de la comunidad.

El imperialismo o el colonialismo ha suprimido y suprime las fuerzas sociales progresistas. Se coloca fatalmente al lado de ciertos grupos o clases privilegiadas, porque su interés radica en la preservación del *statu quo* social y económico. Puede ocurrir que un país, aun después de haber obtenido su independencia, continúe dependiendo económicamente de otros países. A semejante situación se le ha denominado eufemísticamente "tener estrechos vínculos culturales y económicos".

Entre nosotros se discute a veces sobre la autosuficiencia de las aldeas. No debería mezclarse este asunto con la idea de la descentralización, aunque es posible que forme parte integrante de ella. En mi concepto, en tanto que la descentralización es deseable en la mayor medida de lo posible, si conduce a métodos anticuados y rudimentarios de producción, significa sencillamente que no podrá hacerse uso de métodos modernos que han llevado grandes adelantos materiales a algunos países de Occidente. Esto es, que continuaremos siendo pobres —y lo que es peor—, que empobreceremos cada vez más, en virtud de la presión de nuestra creciente población.

No veo otra forma de salir de nuestro círculo vicioso de la pobreza, como no sea mediante la utilización de nuevas fuentes de energía que la ciencia ha puesto a nuestra disposición.

Siendo pobres, no disponemos de un excedente para invertir; nos hundimos cada vez más hondo. Tenemos que romper esta barrera y para ello es necesario aprovechar las nuevas fuentes de energía y las técnicas modernas. Pero al hacerlo, no debemos olvidarnos del elemento fundamental, que es el humano, ni del hecho de que nuestro objetivo es el mejoramiento del individuo y la reducción de las desigualdades; y no debemos olvidar tampoco los aspectos espirituales y éticos de la vida, que son a final de cuentas la base misma de la civilización y la cultura y los elementos que dotan de sentido a nuestra existencia.

Debe tenerse presente que no es a través de la mágica adopción de los métodos socialistas o capitalistas lo que transforma súbitamente la pobreza en abundancia. El único camino es el trabajo arduo, la creciente productividad de la nación y la distribución organizada y equitativa de sus productos.

El proceso es largo y difícil. En un país de escaso desarrollo, el sistema capitalista no ofrece oportunidad alguna. Es sólo a través de una acción planeada, siguiendo los lineamientos socialistas, que puede alcanzarse un progreso sostenido, aunque a pesar de todo éste no podrá lograrse sino al cabo de cierto tiempo. A medida que el proceso continúa, va cambiando paulatinamente la conformación de nuestra vida y pensamiento. Para lograrlo, la planeación resulta indispensable; sin ella desperdiciaríamos nuestros recursos que son muy limitados. La planeación no significa la mera recolección de proyectos o programas, sino que entraña una amplia comprensión de la forma para fortalecer la base y la senda hacia el progreso, en tal forma que la comunidad adelante en todos sentidos. En la India, además de la pobreza general del país, tenemos que hacer frente al terrible problema de la extrema miseria de grandes regiones. Constantemente nos enfrentamos a una alternativa bien difícil: la de concentrarnos en la misma producción de algunas regiones en especial que tienen mejores condiciones, olvidándonos temporalmente de las regiones más pobres, o bien tratar de desarrollar al mismo tiempo las zonas atrasadas hasta lograr que se reduzcan las desigualdades entre ellas. Hay que llegar a un equilibrio, y desarrollar un plan integral para toda la nación.

El plan nacional no puede ni podría ser, ciertamente, un plan rígido. No ha de basarse necesariamente en dogma alguno, sino que debe considerar la realidad. Creo yo que dadas las condiciones actuales de la India, debe estimular en muchos aspectos a la empresa privada aunque ésta debe adaptarse necesariamente al plan nacional, y sujetarse a todos los controles que se requieran.

La reforma agraria tiene una significación peculiar, ya que sin ella —especialmente en un país tan congestionado como la India— no podrá haber mejorías radicales en la productividad agrícola. Pero el objetivo principal de la reforma agraria es más profundo: ha sido concebida para romper la vieja estructura de clases de una sociedad estacionaria.

Queremos la seguridad social, pero hemos de reconocer que ella sólo es posible cuando se ha alcanzado cierta etapa de desarrollo. De otra manera, no tendremos ni la una ni el otro.

Es claro que, en último análisis, lo importante es la calidad de los seres humanos. Es el hombre quien construye la riqueza de la nación, así como el progreso cultural. De ahí que la educación y la salud sean de tanta importancia para dotar de calidad al ser humano. En este caso tenemos también que sufrir los efectos de la falta de recursos, pero hemos de recordar siempre que la educación adecuada y la buena salud son las raíces del progreso cultural, espiritual y económico.

El plan nacional deberá considerar todo lo anterior tanto entre sus objetivos a corto como a largo plazo. El objetivo a largo plazo ofrece la verdadera perspectiva. Sin ella, la planeación a corto plazo es de poca utilidad y puede conducirnos a callejones sin salida. Así pues, la planeación deberá ser siempre rigurosa y en perspectiva, tomando en cuenta las metas materiales que nos proponemos alcanzar.

En otras palabras, tendrá que ser una planeación física, aunque se encuentre limitada y condicionada en forma evidente por los recursos financieros y las condiciones económicas.

Los problemas a los que se enfrenta la India son, en cierta medida, comunes a otros países. Pero hay mucho más que eso: existen nuevos problemas que no tienen paralelo o precedente alguno en la historia. Los acontecimientos pasados de los países industrialmente adelantados tienen muy poco que ver con nosotros en la actualidad. En verdad, los países desarrollados actualmente estaban en mejor situación económica que la India de hoy, en términos de ingreso *per capita*, antes que se iniciara su industrialización. Por eso, la economía de Occidente, aun cuando resulta útil, tiene muy poco que ofrecernos para resolver nuestros problemas actuales. Y lo mismo puede decirse de la economía marxista, que está pasada de moda en tantos aspectos, aun cuando arroje mucha luz en relación con el proceso económico. Por consiguiente, somos nosotros mismos los que tenemos que elaborar nuestro propio pensamiento, aprendiendo del ejemplo de los demás y tratando principalmente de encontrar el sendero adecuado a nuestras condiciones. Al considerar los aspectos económicos de nuestros problemas, debemos siempre recordar el principio fundamental de los medios pacíficos y quizá podamos tener a la vista el viejo ideal académico de la fuerza vital, que es el principio inmanente de todo lo que existe.